

Historias de los personajes



Se llama David y ojalá recordara tan claramente algo más. Piensa que es un sacerdote católico y defiende con ahínco la posición de la Iglesia. A largo plazo su objetivo es ser Papa de una Iglesia restaurada. No lo tiene fácil. En el futuro ya no quedan muchos curas ni muchos creyentes.

Tiene una vaga imagen de ser recogido inconsciente por su tío que habitaba en la urbanización de donde parten los jugadores. Está amnésico y delira. Carece de papeles que acrediten quién es y su tío no tenía noticias suyas desde hacía quince años. Repite sin cesar que ha roto su pacto con el Diablo y ahora debe pagar por ello.

En los días siguientes su tío le atiende, le cuida y llegado el momento, le arrastra hasta el interior del refugio que está a punto de cerrarse porque han caído las primeras bombas chinas. Entre tanto, David ha afinado las imágenes que pueblan por igual sus sueños y su vigilia pero a nadie va a contar lo que ahora ve mejor. ¿Quién va a creer que David invocó con éxito al Diablo?

Dados sus conocimientos David razona que debía ser un sacerdote. Un sacerdote tan traidor como para invocar al mismo Satanás y llegar a un acuerdo con él. Ya no recuerda cual era el contenido del pacto diabólico. En cualquier caso no llegó a ejecutarse porque

David se arrepintió y rompió su contrato con el Demonio. Dos traiciones: a Dios y al Diablo. ¿Pero quién se ha creído que es este mortal?

Por eso ahora David tiene el Contra Maldito. El Diablo lo maldijo hasta que le sacrifique con el debido ritual un alma inocente. ¿Lo hará David? Ahora que vuelve a ser un sacerdote fervoroso y dedicado como un misionero de antaño ¿traicionará otra vez para salvarse de la maldición?

Nadie sabe esto, sólo el árbitro del juego. David lo guarda en secreto porque en un rincón de su cerebro es consciente de que su historia es propia de un demente: su condición de sacerdote, su pacto fallido... todo puede estar en su imaginación. No obstante, su condición de maldito es real. Si cumpliera el terrible ritual y la maldición desapareciera ¿significaría que David está cuerdo o sólo que la maldición era una consecuencia más de su locura?

Atributos principales:

Inteligencia 50

Iniciativa 50

Personalidad 50

Fuerza 35

Agilidad 35

Tamaño 45

Constitución 50

Destreza 50

Apariencia 80

Contras:

Oyes voces

Gemelo malvado

Maldito

Fanatismo

Daltónico

Pelón

Pros:

Superdiestro

Carisma

Cara de bueno

Cirugía estética

Encogerse

Sigiloso

LA HISTORIA DE A2, EL EXPERIMENTO



No tengo nombre, sino un número y una letra. Éramos un experimento del Gobierno o algo parecido, hasta que se acabó el presupuesto o, lo más probable, hasta que mi “padre” huyó con dos de sus hijos... No lo sé, no me importa.

Mi vida comienza con un trauma, con un trauma de los de verdad. De pronto tengo conciencia de que existo y abro los ojos. Me encuentro en un tubo lleno de un líquido. Mis ojos, al abrirse, notan el líquido y, en ese momento, mi membrana los cubre, defendiéndolos, pero permitiéndome ver. Sin saberlo, acabo de demostrar algo: soy diferente. Los hombres normales no tienen esa membrana, tampoco comienzan su existencia con el cuerpo de un hombre de 20 años.

A partir de ahí, todo es muy extraño para mí, ya que no tengo conocimientos, no sé hablar, no sé nada de nada. Parto de cero, pero aprendo rápido. Comienzo a andar, a comunicarme, a no asustarme por el flujo de información que me mandan mis sentidos.

Mas una noche mi “padre” nos saca a uno de mis hermanos y a mí de allí. Huimos en su coche mientras oímos unas sirenas de alarma. Todo es ruido, muerte y confusión. Nos atacan mientras nosotros huimos. No volvemos a saber de nuestro hogar. Ahora parecemos prófugos y tenemos que huir.

Padre nos lleva a una urbanización en el norte de mi país, España. Ahora ya puedo hacer cosas, pero no son suficientes para defenderme sin su supervisión directa. Compra una casa y se define a sí mismo como lo que es: un científico con un pequeño proyecto personal. Había acogido a dos niños autistas y su proyecto era conseguir que fuéramos funcionales y autosuficientes.

Sin embargo, un día se produce el desastre. Un cono nuclear enorme aparece en el horizonte. La gente de la urbanización se asusta. Algunos que están en la calle corren hacia sus casas y comienza el éxodo hacia el refugio nuclear. Para ese momento, mi hermano y yo comenzamos a ser autosuficientes. Se nos pueden dar tareas sencillas y órdenes directas. Hemos avanzado mucho, comprendemos el castellano bastante bien, aunque siempre decimos la verdad y, por ello, Padre no nos deja mucho tiempo sin supervisión.

Entramos en otra etapa de nuestra vida. Estamos en un refugio: poco espacio y mucha gente. Seguimos aprendiendo y ya es hora de que empecemos a saber por qué nos crearon.

Éramos un proyecto secreto del Gobierno para crear supersoldados. Sin embargo, el proyecto fue destruido por los enemigos de nuestro país y ahora, además, estos enemigos nos han atacado y casi destruido. Hemos sido casi exterminados y nuestra misión SAGRADA es revertir esta situación. Tenemos que devolver a nuestro país a nuestra gente y, después, acabar con el enemigo.

De todas formas, ahora las noches están pobladas de sueños y pesadillas; quizás, ¿premoniciones? Hay una en la que me veo avanzando en una ciudad derruida. Hay ruidos de lucha y yo estoy apuntando a la cabeza de un líder enemigo. Aprieto el gatillo y, un rato después, la cabeza estalla salpicándolo todo de rojo.

En otro sueño me veo abrazando a Padre, el cual tengo la sensación de no haber visto en mucho tiempo. Parece que ha sido maltratado e incluso puede ser que haya muerto. No lo sé. El sueño me hace daño y me suelo despertar gritando y con las sábanas bañadas con mi sudor.

Y en otro sueño, menos frecuente pero mucho más alegre, veo un yo envejecido, liderando a un ejército de valientes que están destruyendo el último foco de resistencia enemigo en mi país. Por desgracia, es un sueño que se repite poco... aunque, en este caso, sí espero que sea una premonición.

Un día, estando en la galería de tiro, nos llaman para una asamblea de vecinos. Cuando estamos todos, nos dicen que hay problemas con los alimentos y con otros recursos, y un pequeño grupo de nosotros tendrá que salir a buscarse la vida. Nos dan un boleto a cada uno de nosotros. Yo estoy sentado al lado de Padre y veo cómo su pulso tiembla. En ese momento, su número sale. Rápido como el rayo, le arrebató el boleto. Nadie se ha dado cuenta y yo me dirijo hacia donde está el grupo de gente que tendrá que ver el exterior. Todavía no estoy preparado, pero Padre lo estaba aún menos que yo.

Es hora de salir... Veremos qué nos espera en el futuro.

LA HISTORIA DE SARA LA ARQUERA



Mi nombre es Sara Allende.

Tengo 22 años. Cuando tenía diez años perdí a mi madre en un accidente de coche y, desde entonces, mi hermano mayor tuvo que cuidar de mí.

De mi padre sé más bien poco. Mi madre siempre se ha negado a darme explicaciones.

De lo poco que sé, debía ser de otro país o vivir en él; para ser exactos, en China, creo.

Mi hermano vivía en China cuando pasó lo de mi madre y, como no tenía a nadie más en el mundo, se vino a buscarme y me llevó con él.

Mi estancia allí cambió casi por completo mi forma de vida.

Cuando mi madre decidió dejar a mi padre, me llevó con ella, pero mi hermano se quedó en Oriente. Supongo que fue algo como para equilibrar la balanza: ya sabéis, tuvimos equis hijos, tú te quedas con uno, y todos contentos. En realidad no lo sé. No voy a discutir ahora el apego de mi madre por sus hijos. Nunca se lo pregunté y tampoco creo que me hubiera hablado de ello.

Pienso que esperaba a que tuviera cierta edad para poder explicármelo todo, pero, desgraciadamente, no pudo.

Cuando llegué al hogar de mi hermano no era lo que yo me había imaginado.

Mi hermano no vivía con mi padre. Había considerado esa opción como bastante posible, pero, al llegar a ese pueblo en las montañas, tan alejado de todo, me di cuenta de que las cosas son más extrañas de lo que pensaba.

Ni rastro de mi padre, ni ninguna mención hacia su persona.

Por otra parte, era un alivio. Lo poco que había escuchado de mi padre no era agradable. Siempre podía ser rencor por parte de mi madre porque simplemente no funcionó, pero otra parte de mí decía que mi madre no iba desencaminada. Además, siempre he tenido sueños extraños donde aparece mi padre como un tirano, y lo más curioso es que nunca tiene rostro.

Siempre he tenido muchos sueños o, mejor dicho, pesadillas, pero las cosas empeoraron cuando mi madre murió. Después de ese suceso, veía mucho en mis sueños a mi madre hablándome. Supongo que la echo mucho de menos, aunque, por otra parte, me da un poco

de miedo, porque ciertos sueños se cumplen, al menos en parte. Mi madre me habla en mis sueños; a veces dice cosas que no entiendo muy bien.

La gente suele pensar que estoy loca, o que soy una exagerada, o incluso que es mi imaginación, pero el accidente de mi madre siempre fue dudoso. Igual lo pienso porque, pocos días antes de que mi madre tomara el coche, soñé con que ella tenía un accidente de coche.

Pero volvamos a mi estancia allí. Así que, con diez años, me fui a un sitio parecido al fin del mundo, en un país que, aparte de estar lejos de mi hogar, era muy diferente.

Mi hermano vivía en una especie de orden. Era un grupo muy cerrado, no podía entrar cualquiera. No sé ni cuánto tiempo llevaba mi hermano allí, ni cómo ni por qué había entrado. Tampoco me importaba demasiado. Tuvo algunos problemas al llevarme allí porque, no sé, ellos eran muy “independientes”, pero yo en realidad no veía nada. Jugaba, paseaba, tenía una educación que impartía mi hermano cuando no estaba “desaparecido”.

Con lo poco que pude apreciar, practicaban artes marciales, por lo que siempre me he sentido muy interesada, así que aprendí lo que pude. Mi hermano me enseñó a manejar el arco y algunas cosillas más, acorde con la edad que tenía.

Por agradecimiento, limpiaba, hacía la comida, limpiaba la ropa y otras labores del hogar.

Poco a poco fueron confiando en mí.

No sé chino, algunas frases y palabras, pero no se puede considerar que pueda mantener una conversación. No lo sé, porque mi hermano me hablaba en español y siempre fue muy estricto a la hora de tener una socialización con la orden.

Pero cuando mi hermano lo creyó oportuno, o tal vez porque le obligó la orden, el día de mi cumpleaños llegó mi iniciación.

Estaba muy contenta. Por fin podía formar parte de allí, aunque mi alegría duró poco. Ese día atacaron la orden. Yo no sé quiénes eran, solo sé que fue una masacre por los dos bandos.

Mi hermano huyó conmigo. No sé si hubo algún superviviente; no nos quedamos para comprobarlo.

Volvimos a España. Fue duro porque ninguno de los dos contábamos con una carrera o experiencia laboral. Tuvimos que trabajar los dos en los trabajos que no quería nadie, en el campo, etc.

Pero, al menos, estábamos juntos.

Mis sueños nunca se fueron. Poco antes de mi último cumpleaños veía en peligro a la orden, pero no le di la mayor importancia. Después de todo, no me iban a creer y solo me podía entender mi hermano.

Días antes de que ocurriera la gran catástrofe tuve otro sueño. Iba caminando con mi hermano por un camino muy largo y, de repente, hubo una luz que nos cegó y la tierra de debajo de nuestros pies se abrió, separándonos. Tuve repetidas veces, a lo largo de varios meses, el mismo sueño, pero mi hermano, como siempre, no le dio la menor importancia.

El día fatídico, mi hermano no estaba en casa. Yo me pude salvar. No sé si él habrá corrido la misma suerte.

Personalidad	45
Inteligencia	40
Destreza	45
Agilidad	45
Constitución	45
Apariencia	40
Resto	50

Pros:

Chacal

Légolas

Premonición ampliada

Ambidiestra

Orientación excelente

Regeneración

Contras:

Gemelo malvado

Cleptómana

Complejo de culpa

LA HISTORIA DE MARTINA DE LA ECOALDEA



Martina nació en el seno de una influyente familia de Santoña. Su tatarabuelo, dueño de una conservera en tiempos en los que había peces en el Cantábrico, había amasado una pequeña fortuna a mediados del siglo XX. Con el dinero y las influencias acumuladas, los hijos, nietos y bisnietos de este no tuvieron dificultades para mantener una vida más que acomodada durante generaciones sin necesitar partirse el lomo: una concejalía por aquí, un sobre bajo mano por allá, la dosis justa de especulación inmobiliaria en el momento adecuado —visión para los negocios—, chaquetita sobre los hombros y misa en los días de guardar.

Los primeros atisbos de escasez pillaron a Martina, por tanto, muy de lejos, cuando apenas estaba empezando la ESO en un colegio privado. En los años siguientes, la rebeldía contra sus padres propia de la edad, en conjunto con la información cada vez más cruda que le llegaba de fuera y un idealismo creciente, le hicieron irse con un novio algo mayor que ella y un poco hippie a una ecoaldea del Oriente de Asturias. En su casa dijeron a los vecinos que la habían mandado a un internado.

Los primeros meses no fueron fáciles y solo por orgullo se negaba a volver a casa, “con los fascistas de sus padres”, que le seguían pasando dinero. No obstante, las condiciones de su nueva vida eran mucho peores de lo que había imaginado, las gentes del campo mucho menos “sencillas y honestas”, las tareas mucho menos románticas y la vida en comunidad menos idílica. Hizo un par de amagos de volver a casa y sus padres la recibieron con los brazos abiertos —y la ducha preparada—, pero siempre volvía en cuanto tenían una mínima discusión. Los resentimientos fueron creciendo a cada amago, las discusiones eran cada vez más fuertes y, cuando se quedó embarazada, ya no la dejaron entrar en casa. Al volver a la aldea, su novio ya tampoco estaba allí.

Martina abortó sola en una clínica de Oviedo, con unos vaqueros rotos y una camiseta de Zara que ponía “Save the planet”. Convenció a su abuelo para que le diese dinero para ponerse a estudiar, y estudió Biología. Encontrar trabajo cuando terminó era imposible, y terminó volviendo a la aldea. La gente allí cambiaba mucho y pocos quedaban ya de cuando ella había estado previamente, así que acogieron con gusto a alguien que ya estuviera enseñado y no hubo lugar para el resentimiento. Mucha gente había llegado de la

ciudad en esos años, acuciada por la escasez, y ella les enseñó con paciencia las labores que se necesitaban.

Martina ya no volvió a marcharse de la aldea. Durante años, instruyó a la gente que venía de pasada, asesoró a otros proyectos, tuvo sus parejas, que también iban y venían, estuvo metida en el panorama ecologista, al que cada vez se podían dedicar menos recursos, cuidó ovejas, cortó hierba, cavó patatas, zurció calcetines, cortó leña, construyó vallas, recolectó hierbas, frutos y flores, hizo ungüentos y cataplasmas, potajes para treinta personas en ollas que calentaban una casa entera. Escuchó pasar a abogados que se habían quedado sin corbata, mineros que se habían quedado sin carbón, adventistas del séptimo día, locatis que querían irse a una cabaña en el monte y no bajar más, que temían la venida de nuestros señores extraterrestres, o de los reptilianos, o el levantamiento de todos los chinos que vivían en las ciudades. Desarrolló un instinto maternal hacia cualquiera que buscase, desesperado, una respuesta a tantos cambios súbitos detrás de otros tantos cambios súbitos. Se fue volviendo la abuela de toda esa gente y se le olvidó tener hijos.

Cuando la violencia empezó a escalar tuvieron que tomar la decisión de si dedicar o no parte de sus recursos a defender lo que habían construido. Cada vez se podían permitir menos los pequeños saqueos que ocurrían con frecuencia, y las fuerzas de seguridad hacían tiempo que no cumplían sus obligaciones. Martina se dio cuenta entonces de hasta qué punto la comunidad se había ido llenando de gente por necesidad y no por convicción, que pensaban que ser pacifista era un lujo que ya no podían permitirse. Incluso puede que ella solo lo fuera por el pragmatismo de pensar que la gente que está peleando come, pero no siembra.

Los veteranos se resintieron ante estas conductas “fascistas, beligerantes”, pero se resintieron por lo bajo, porque, al fin y al cabo, su edad iba avanzando y el peligro crecía cada vez más. Con los años y el aumento de los conflictos, los más jóvenes y fuertes debían dedicarse a la defensa, y la producción de alimentos cada vez era menor. Ya solo se aceptaban nuevos ocupantes de forma muy selectiva, y el criterio decisivo era si los otros “guardianes” consentían o no.

El cupo de habitantes dedicado a gente que solo podía aportar conocimiento, y no fuerza, se veía cada vez más reducido. Martina, por su condición de veterana e instructora, estaba mucho más a salvo que otra gente, aunque, por si acaso, intentó aprender algo de todo aquello que pudiera ser considerado útil. De algunos de los otros veteranos no se podía decir lo mismo. Pronto, los escasos conocimientos y medios sanitarios de la comunidad tuvieron que priorizarse para preservar la salud de los “guardianes”, cada vez más débiles a su vez por la escasez de alimento. Algunos de los otros murieron por causas que antes habrían sido atajables.

Un año, frío y lluvioso, muchos de los guardianes cayeron enfermos. La lluvia de ese año no olía bien, pero podría ser cualquier cosa. Ya estaban acostumbrados a los cambios. Hicieron sitio en el hórreo, que hacía tiempo que resultaba demasiado grande para el grano que había para guardar, y pusieron a los enfermos en filas, donde sudaban día y noche y gritaban entre sueños. Los que no estaban enfermos se repartían a duras penas el trabajo entre los terrenos, los enfermos y la defensa.

Un día, la lluvia dejó de oler mal. Martina estaba en un campo, con las ovejas, sentada en la hierba mojada con un hacha en las manos y escrutando el lindero del bosque, rezando porque nada apareciera. Sintió miedo y frío, pero también se alegró de que por fin la lluvia oliera a limpio.

Sara, una de las guardianas, apareció por el camino con una escopeta de caza. Tenía sangre, propia o ajena, en los brazos y las botas, y su espalda tatuada parecía llena de arañazos. Le dio otra escopeta a Martina y la obligó a volver con ella. Las ovejas tuvieron que quedarse.

Al entrar de nuevo a la aldea, tres de los compañeros que habían estado enfermos estaban puestos en fila en el suelo, con varios tiros por el cuerpo. Se habían levantado de la fiebre y se habían “comido” al médico de guardia y a otros tres de los convalecientes, antes de ser reducidos. Ahora no sabían qué hacer con el resto de los enfermos.

Martina no entendía qué querían decir con “comido”, y subió al hórreo. Cuando vio lo que significaba, vomitó en el corredor.

Resolvieron poner candados en el hórreo y sustituir al médico por un guardián armado. Cuando Martina se quejó, preguntando qué pasaría si alguno de los enfermos no hacía esa aberración y simplemente despertaba, le invitaron a que se quedase ella a diferenciar unos de otros, y Martina dejó de quejarse.

Al cabo de unos días, los gritos y aullidos del hórreo no dejaban dormir a nadie, y no parecían terminarse. Los propios sanos pasaron a estar en un estado de semiinconsciencia, en el que solo oían los gritos de sus compañeros y los golpes contra la madera. Una noche Marcos, el líder de los guardianes, preguntó a Martina si creía que el grano del hórreo podría aprovecharse. Martina le dijo que no y, cuando vino la temporada seca, le prendieron fuego.

Algunos de los nuevos miembros que trajo Marcos tenían características extrañas, que no parecían ni siquiera humanas. Pero ya estaban acostumbrados a los cambios. Martina y los otros pocos no guardianes que quedaban consiguieron sacar ese año casi toda la comida necesaria para los que quedaban vivos, aunque no para las nuevas adopciones. Los guardianes a veces hacían viajes largos, y traían comida no se sabía muy bien de dónde. “Recolectada”, decían, pero uno no recolecta pollos ni sacos de cereal.

Los nuevos guardianes no respetaban los principios más básicos de la comunidad. Quemaban parcelas de bosque para facilitar la vigilancia, o destrozaban el terreno sembrado para llegar antes a los sitios, o protestaban porque no se usase parte del grano para hacer alcohol, por no hablar de atacar y saquear otras comunidades, o a los propios habitantes. Martina fue ganándose el resentimiento de muchos de ellos, al intentar defender algunos de estos principios básicos para la supervivencia de todos.

Martina se quedó, por necesidad, hasta el día que se decidió que ya había enseñado todo lo que sabía y que no podía mantenerse a una mujer fuera de la edad fértil en la comunidad. Se esperó a que pasase una caravana para mandarla con ellos y, por respeto a todo lo que había hecho, no la vendieron como esclava. La caravana, sin embargo, sí que iba hacia el mercado de esclavos de Potes.

Una vez más, Martina decidió probar suerte y volver a casa, a Santoña, y ver qué quedaba de su familia, de la que hacía años que no tenía noticias. Sin embargo, oyó rumores de que esa zona no podía ser segura, y lo había oído de prácticamente cualquier zona. En la actualidad, su duda se encontraba entre intentar volver allí y recuperar algún posible resto de la economía familiar o buscar otro grupo de protección y comenzar otra aldea nueva, en un territorio en paz y a su manera.

El azar, como tantas otras veces, decidió antes que ella. La caravana en la que viajaba cambió su ruta para evitar una zona batida por bandas armadas y acabó acercándose a una urbanización fortificada donde algunos chalés tenían acceso a un refugio subterráneo construido antes de la guerra. Martina reconoció enseguida el tipo de lugar: gente asustada, reservas menguantes, normas improvisadas y demasiadas personas creyendo todavía que aquello era provisional. Aun así, aceptaron dejarla entrar porque sabía cultivar, curar con lo poco disponible, conservar comida y organizar manos torpes. No era el territorio en paz que había imaginado, ni una aldea nueva a su manera, pero al menos tenía techo, una puerta cerrada contra el exterior y gente a la que enseñar antes de que todo volviera a romperse.

LA HISTORIA DE TANIA, LA CROMOTÓMICA



Soy Tania y mi nombre de origen ruso significa “la bella princesa”. Yo era una estudiante de Biología antes del Ajuste de Cuentas. Me consideraba una chica normal, atractiva, y poco inclinada al heroísmo.

Me apareció una mutación rara. Según la situación y mis emociones, cambia de color mi pelo, ojos, labios, y mi piel se entona ligeramente del color. Además, ya no volví a tener mi castaño de nacimiento.

Esta variación de color y mi Apariencia de 60 son mi mejor arma en este mundo horrible en el que vivo. Estoy dispuesta a explotar esa ventaja para sobrevivir. La belleza es un arma.

Momento dramático: Recuerdo como si fuera hoy el día cuando todo ocurrió. Como una plaga, gente con ansia de comer se peleaba y, de forma tremendamente violenta, mordía y despedazaba a los vivos —así llamo yo a los que tienen control sobre sí mismos—. Recuerdo que mi madre me cogió en brazos, mientras mi padre, con un machete, mataba a golpes a quien se acercara a nosotros.

Lo siguiente que recuerdo es encontrarnos con gente por la carretera que lleva al monte. Íbamos en unos vehículos grandes, con ventanas enormes y muchas rotas. Recuerdo las risas y que no estábamos solos; había más gente con nosotros. De pronto, un hombre del grupo se acerca a los demás, parece que es amistoso y, de pronto, saca un fusil y empieza a disparar a todos.

Mientras corre el caos, mi madre me busca y me esconde en uno de los portamaletas. Me da una botellita con agua y me dice que beba, que me esté callada pase lo que pase. Acto seguido, mi mamá se desploma delante mío y, con un gesto de dolor y sin casi fuerzas, me mira y dice: “Escóndete, que no te vean”. Me quedo paralizada ante la imagen y con obediencia me escondo y escucho el ruido. El tiroteo era fuerte y yo solo podía pensar en mamá. Las lágrimas me brotaban y quería gritar, pero no podía. Bebí de la botella y ya ni oía nada. El tiempo pasó y yo, allí escondida, me quedé dormida.

Fuerza	60
Tamaño	40
Inteligencia	54
Personalidad	35

Iniciativa	45
Constitución	50
Agilidad	50
Destreza	50
Apariencia	60

Pros:

Metabolismo acelerado

Muerte aparente

Regeneración

Suertuda

Yogui

Contras:

Cromotómica

Temblores postraumáticos

LA HISTORIA DE RUBÉN, EL DESFIGURADO



Abro los ojos lentamente, pestañeo una, dos, tres veces; me los froto al fin y... nada... sigo en el mismo infierno.

La luz de un flexo de tipo garaje parpadea al compás de mis cansados ojos, al mismo tiempo que un hilo de polvo se descuelga del techo con un ensordecedor estruendo de algo que ha estallado.

Bajo la mirada mientras yazco tumbado en lo que denomino mi “catre” y observo las miradas perdidas de un montón de gente que hasta hace, como quien dice, tres días eran unos vecinos completamente desconocidos. Nadie habla, nadie ríe, nadie hace nada. Las horas encerrado aquí pasan como años. Ya no recuerdo la claridad de los rayos del sol. ¿Seguirá existiendo al menos ese al que el ser humano llamó algún día Astro Rey? Todo son especulaciones, así que me evado entre recuerdos de cuando aún existía una vida para mí...

Diez años atrás yo era un adolescente más. Uno de tantos que, como yo, no querían hacer la “mili”. Invento de otro siglo-milenio que el Gobierno no tuvo más remedio que poner en marcha de nuevo ante las guerras, desastres ecológicos, etc., y la falta de gente voluntaria dispuesta a jugarse la vida por un mundo del que todos sabíamos que el hombre tarde o temprano acabaría destruyendo.

Las armas circulaban libremente en el mercado, pudiendo completar el arsenal con el siempre bien pagado mercado negro.

En esta atmósfera de violencia callejera, social y, por qué no decirlo, interna, típica de un chaval de quince años, me crié. Por lo cual no resulta extraño a quien me lea entender mi manejo sobre las armas en un barrio cuyo deporte infantil era el tiro al blanco a las latas antes que a la pelota de fútbol. Sumándose el hecho de mi paso por penitenciarías estatales para chicos de menor edad y reformatorios en general, que me unían más a este mercado armamentístico y al mundo de las drogas. Gracias a Dios, si lo hay, nunca me llamó la atención este último apartado.

Fue también en aquellos años cuando dejé de tener una cara normal. No voy a adornarlo diciendo que fue una gran batalla ni una tragedia heroica. Fue una paliza de barrio, una emboscada de otra banda, cuatro o cinco contra uno, con barras, una botella rota y una

navaja que alguien sacó cuando yo ya estaba en el suelo. Me abrieron la cara desde el pómulo hasta la mandíbula y me hundieron la nariz. Sobreviví, que ya era bastante, pero el espejo dejó de devolverme la misma persona. Los médicos hicieron lo que pudieron, o lo que quisieron, y las cicatrices quedaron ahí, torcidas y visibles, como si alguien hubiera intentado borrar mi cara y se hubiera cansado a la mitad.

Durante mucho tiempo pensé que esa desfiguración me había quitado algo. Luego comprendí que también me había dado algo. La gente apartaba la mirada, o la fijaba demasiado; en ambos casos yo aprendía quién tenía miedo, quién sentía asco y quién estaba dispuesto a mirar de frente. En la calle una cara rota puede ser una condena, pero también una advertencia. No necesitaba esforzarme mucho para parecer peligroso.

Empezaban a proliferar por entonces las primeras “intervenciones neurológicas”, o mejoras primarias de implantes de nanochips y otras más complejas. Por lo que me decidí a probarlo. Yo aborrecía los tatuajes; es más, me parecían anticuados. Además, a un tipo tan duro como yo le costaba reconocer que las agujas le daban verdadera fobia. Tanto es así que aquella primera modificación me sirve para recuperar mis heridas sin necesidad de matasanos que me pinchen. Supongo que, después de que te cosan la cara como si fueras ropa vieja, uno empieza a pensar que el cuerpo no es tan sagrado como dicen.

Y fue por aquel entonces también cuando comenzaron esos extraños sueños...

Empecé a despertarme por las noches sobresaltado, con las sábanas empapadas y las uñas rotas. Un sueño que se repite noche tras noche es el siguiente:

Me encuentro enterrado vivo; no sé en dónde muy bien, y escarbo con las uñas para intentar salir... o entrar... El caso es que, tras un angosto espacio de tiempo que a mí me resulta eterno, consigo zafarme de esa especie de trampilla como de madera o algo así, y me hallo en una sala llena de comida en perfectas condiciones que me dispongo a comer y... me despierto. No sé si tendrá significado, o si realmente es mi subconsciente que me intenta decir que necesito comer más, ya que la verdad es que soy una de esas personas que no disfrutan comiendo y debo de tener el estómago pequeño, porque como por obligación, por supervivencia nada más. No por placer.

Un ladrido me retorna al presente...

—¡Tranquila, chica! Todo está bien, no pasa nada, papi está contigo...

Si me preguntaran quién en el mundo es el único que me importa ahora mismo, esa sería Beso. Mi foxterrier adiestrada.

Y eso, en el mundo en que me ha tocado vivir, es un problema, ya que aquí nadie mira por nadie ni regala nada. Es tan fuerte mi sentimiento que tengo una sensación de sobreprotección animal. Como un halo que me embriaga y me avisa de que está en peligro. No sé describirlo muy bien; es como si alguien quisiera comérsela. Y lo triste es que sé que yo sería partícipe de ese festín en un momento de verdadera necesidad, sin mayor contemplación. Pero, independientemente de eso, que le pase algo a Beso es mi mayor miedo.

La rutina me absorbe. ¿Esto es vida? No sé si la elección de escondernos refugiados aquí fue acertada o era mejor el camino de acabar con el sufrimiento. Una cosa está clara: en este lúgubre lugar he aprendido a dormir con un ojo abierto y otro cerrado. Ya ni duermo. No sabemos si es de noche o de día. ¿Cuándo podremos salir al exterior? ¿Qué pasará cuando se acabe la comida? ¿Quién saldrá fuera de estos muros? Comienzo a oír voces en mi cabeza; este lugar me está enfermando, aunque todavía tengo la suficiente cordura para saber que son paranoias, alucinaciones directas de mi cerebro, que me deja bajar la guardia. Quiero que cesen; por ello me ofreceré voluntario para salir de este sitio en cuanto tenga la mínima posibilidad. Necesito ver mundo de nuevo... No puedo acabar como uno de esos perturbados que tanto miedo me dan; necesito evadirme entre recuerdos:

Recuerdo como uno de los momentos más difíciles de mi corta, pero bien experimentada vida, cuando mi tía Helen, con lágrimas en los ojos, recordaba la historia de mi familia sanguínea, dando pie al lector para que interprete que Helen no era verdaderamente mi tía. Siendo yo aún lactante y durmiendo la siesta en el capazo, me supongo, iba junto a mis padres biológicos en un auto amarillo modelo Citroën DS3; mi hermano, despierto en la plaza trasera junto a mi lado, en otro capazo. Cuando un camionero al volante, habiendo superado el tiempo marcado por aquel Gobierno de entonces, del cual siempre he oído añorar, se desvió de su rumbo para impactar frontalmente contra nuestro coche. Dos muertos en el acto: mi padre y mi madre...

“Dos bebés salen intactos del brutal choque frontal del que los bomberos rescatan entre el amasijo de hierros. Del camionero nada se supo. Debí de ver su existencia reducida a la nada, devorado por aquel ácido que transportaba. La pareja que ocupaba las posiciones delanteras del turismo, muertos en el acto”.

Así narraba el titular de aquel fatídico día según el Alerta, periódico de aquella época. Un trozo de papel es el único recuerdo que me queda de mi familia, por otro lado.

¿Qué fue del otro bebé? Indagué durante muchos años y no encontré nada. Solo aquel reportaje local hablando sobre la noticia. Las autoridades que se hicieron eco de aquella noticia resaltaron lo milagroso del asunto, de ahí mi manía de santiguarme antes de dormirme, y achacaron una anomalía genética en los cromosomas de aquellos gemelos que les permitió salir indemnes de aquella situación y sin dolencia alguna aparente.

El caso es que este hecho marcó el resto de mi vida, ya que desembocó en mi gusto por los vehículos. De alguna forma intrínseca asocié el acontecimiento a un fallo humano por parte del camionero y a uno mecánico por no tener aquellos vehículos avisador alguno ante un sentimiento de adormilamiento. Así pues, puso rumbo en mi vida a entender los vehículos en general, su funcionamiento, etc.

Por otro lado, durante muchos años culpé a ese camionero que se durmió separándome de unos padres que nunca conocí. Así que interioricé de una forma involuntaria el no dormirme, llegando incluso a rayar la paranoia. Menos mal que mi buena “tía” Helen me ayudó con un psiquiatra amiga suya que más o menos me enseñó a controlar mis emociones y a investigar más acerca del fascinante mundo de los sueños.

Tengo el presentimiento de que algún día me encontraré de nuevo con mi hermano, en algún sitio donde de repente empieza una gran tormenta y caigan rayos a poca distancia de mí y de un grupo de viajeros...

Seguiré escribiendo en este primigenio diario. Mi nombre es Rubén y esta es mi historia.

LA HISTORIA DE DANIEL EL VAGABUNDO



Daniel no debería estar aquí. Antes de la guerra era un mendigo, un sin techo nómada. Su vida transcurría a salto de mata entre ciudad y ciudad, durmiendo en las viviendas desocupadas en las que entraba por la fuerza. Así lo hizo con una casa de la urbanización-refugio donde vivían los personajes, la noche antes de que cayeran las bombas chinas. En el interior quedaban dinero, comida y ropa. Se proveyó bien de todo y se echó a dormir en la cama más grande.

Por la mañana, le despertó la sirena que llamaba a entrar en el refugio y la agitación que oía en la calle. Salió pensando solo en escabullirse sin ser detectado, pero en mitad de la carretera le sorprendió un guardia de seguridad.

—¿A dónde cree que va? Tiene que entrar en el refugio inmediatamente.

El guardia creyó que Daniel era un pensionista desaliñado que no comprendía bien la situación. Así que lo cogió del codo, lo llevó a la casa y lo introdujo en el refugio por la puerta del sótano que todos los chalés tenían. Daniel no podía decirle al guardia que era un ocupa ladrón, así que se encontró encerrado con los demás.

No se tardó en descubrir quién era él, pero ya no podía abrirse la puerta sin que entrara la radiación. Así que Daniel pasó unas excelentes vacaciones durmiendo en una cama caliente, comiendo tres veces al día y viendo películas. Meses después, cuando empezó a escasear la comida, no le extrañó que le echaran.

Personalidad	50
Inteligencia	50
Iniciativa	55
Destreza	60
Agilidad	60
Tamaño	50
Fuerza	50
Constitución	50
Apariencia	20

Pros:

Chacal

Movimiento mejorado: Carrera

Sigiloso

Contras:

Voz molesta

Voto



Mi nombre es Marcos Peña. Soy una persona normal, un humano al fin y al cabo, aunque ahora hay tantos mutantes diferentes, tantas variaciones genéticas, que quizás la palabra “humano” se ha perdido, o está en peligro de extinción al menos. Cuando abandoné el refugio tras el “apocalipsis” o como quieran llamarlo, una imagen que ahora se me antoja graciosa se quedó grabada en mi cabeza. Recuerdo, como muchas otras cosas, un cartel que decía lo siguiente: “Niños, los turbios no son vuestros amigos”.

Para que el lector sepa quién le está escribiendo, empezaré contando quién soy y de dónde vengo.

De padre andaluz y madre cántabra, nací en Santander, cuando aún se vivía en Santander sin temor a ghoules, mutaciones o muertes por radiación. Siempre la recuerdo como una ciudad gris y húmeda, el cielo tapado casi todo el año, aunque las temperaturas nunca fueron desagradables. Mi padre, andaluz de pura cepa, bastante machista incluso para los tiempos que corrían, nunca fue una fuente de inspiración en mi vida, ni un buen apoyo, excepto en los últimos meses de mi refugio, en los cuales me ayudó

sobremanera. Consumado cazador, pescador, aficionado a las corridas de toros, a los vinos de Jerez y las siestas, hijo de terrateniente cordobés, solo se dedicó a las actividades propias de un hombre bien acomodado del sur de la antigua España, hasta que conoció a mi madre.

Mi madre, mi querida, cálida y bondadosa madre, fue un enorme apoyo moral, ético, académico y mental en todos los aspectos de mi vida. Incluso tras su muerte hace ya muchos años, antes incluso de la guerra y la entrada al refugio, siempre estuvo y está en mi memoria.

Mi madre estudió en un colegio privado y religioso, exclusivo de mujeres como otros muchos, con educación estrictamente impartida por monjas. Cursó la carrera de Filosofía y se graduó con excelentes calificaciones. Fue a terminar la carrera a Córdoba, donde conoció a mi padre y, a pesar de ser polos tan opuestos, se enamoraron.

Su relación era cuanto menos extraña: una mujer tan mentalmente progresista, desenvuelta y moralmente rígida con un hombre tan atrasado socialmente que lo único que tenían en común, aparte de su amor, claro, era la religión, ella por educación y él por su condicionamiento

social y cultural. Cabe decir que nunca, pese a su machismo, vi a mi padre ni siquiera levantarle demasiado la voz a mi madre, ni que decir tiene ponerle la mano encima, lo que demuestra que su amor y su respeto por ella eran inconmensurables, aunque él nunca lo hubiera reconocido.

Él seguía insistiendo en que mi madre podía permitirse no ejercer la Filosofía con lo que ganaban de las rentas andaluzas, y dedicarse enteramente al cuidado de los niños y de la casa, que siempre estuvo en perfecto estado pese a tener un trabajo. Eso era una constante fuente de discusiones; ambos eran muy tozudos con sus convicciones y nunca dejaron de serlo.

De mi madre aprendí el amor y la dedicación por el estudio, el conocimiento, la búsqueda de respuestas y la estricta moral que ella me inculcó. Fue la primera en darse cuenta de que yo había nacido con una memoria eidética, o vulgarmente llamada memoria fotográfica. Ni que decir tiene que heredé de ella grandes aptitudes para el estudio y una gran curiosidad por el funcionamiento del mundo.

Hablando de mí mismo, mis dotes intelectuales siempre superaron las físicas, lo que no me hizo muy popular durante mis años académicos. Las niñas no se fijan en los chicos bajitos y delgados, que no juegan al fútbol ni hacen atletismo, y menos aún si prefieren no fumar, no emborracharse locamente ni hacer el estúpido los sábados por la tarde. Esto no significa que no tuviera nunca novia, solo que no me era tan fácil encontrarla como a otros compañeros, aunque a mi modo de ver mis novias siempre eran mejores cualitativamente, mientras que las de los demás lo eran cuantitativamente.

A pesar de ser un buen estudiante, aplicado y enfocado, nunca estuve seguro de la carrera que quería estudiar, hasta los hechos que provocaron la muerte de mi madre.

En un principio, mis padres acudieron al hospital una mañana de primavera, un día gris como otro cualquiera, mientras yo estaba en el colegio, aún cursando 1.º de Bachillerato. El centro se llamaba

“Colegio”, no sé si por tradición o tozudez clerical. Era un colegio privado de curas hasta que la presión social o económica lo convirtió en mixto; al fin y al cabo, la Iglesia como institución y como símbolo había perdido mucho en los últimos años antes de la guerra. Como decía, fueron a urgencias del hospital porque mi madre tenía un fuerte dolor abdominal. Tras muchas pruebas, le diagnosticaron síndrome de Behçet, una

enfermedad crónica y autoinmune, pero fácilmente tratable con medicamentos. Durante el tratamiento, mis padres volvieron al hospital por una revisión rutinaria, pero el doctor no atendió la mención de mi madre sobre que le seguía doliendo el abdomen, síntoma que obedecía a una úlcera péptica y que, debido a la falta de atención del médico, se perforó, dañando irreversiblemente el hígado. Mi madre necesitó un trasplante de hígado urgente, que salvó su vida.

Poco después empezó a mostrar nuevos síntomas. Padece hepatitis C y hepatoma, cáncer de hígado, que le fue transferido con el hígado en la operación. La acción de los inmunosupresores para el rechazo del órgano trasplantado hizo imparable e irremediablemente rápida la extensión de la infección hepática y el cáncer, por lo que murió seis días después del trasplante que debía haber salvado su vida.

Se determinó que la muerte de mi madre fue algo irremediable, un fallo médico sin responsable reconocido, “culpa del sistema”, dijeron los miembros del comité médico disciplinario que llevó la investigación. No se pueden imaginar la impotencia y la desesperación que se siente ante un hecho así. Es algo que nunca le desearía a nadie, ni siquiera a mi peor enemigo.

Tras la muerte de mi madre, mi padre se derrumbó. Había perdido, al igual que yo, lo más importante de su vida; todo lo demás parecía vacío, carente de significado. Ahora comprendo los procesos químicos que provocan esa sensación, como muchas otras en el

organismo, pero la química cerebral siempre ha sido algo muy delicado. Mínimos niveles de serotonina y dopamina dejan hundido hasta al más fuerte; la química del cerebro manda sobre la voluntad del individuo. En más de una ocasión pillé a mi padre preparando el arma, como hacía cuando salía de caza, y, simple de él, me decía que iba a visitar al médico responsable de la muerte de mi madre, o al menos al último que vieron, al que él hacía responsable. Por suerte, siempre conseguí hacerle entrar en razón. La mejor forma era decirle que mamá no quería que hiciera nada, que matara a nadie ni que fuera a la cárcel, que tenía que cuidar de su hijo ahora que ella no estaba.

Después de la desgracia de mi madre, me decidí a estudiar Medicina, a intentar que nadie nunca cometiera la misma o similar serie de fatales errores que hacen que un padre y un hijo pierdan lo que más quieren, que nadie muera por un fallo humano, e intentar que todo lo que estaba fuera de nuestro alcance —cáncer, VIH, muerte súbita— tuviera algún día solución, o al menos prevención, cura o paliativo. Quería, y todavía quiero, eliminar el sufrimiento todo lo posible de nuestro mundo con avances médicos, ya sea curando el cáncer, los daños cerebrales, espinales... o con la investigación junto con la biónica. Tras la muerte de mi madre, lo único que vi animar a mi padre fue el campo. La caza y la vida de campo siempre le mantuvieron la mente despejada, calmada y libre de preocupaciones.

A partir de aquello, y puesto que era mamá la que hacía todo en casa, pasé a hacer de ama de casa para mi padre y para mí. Me encargaba en la medida de lo posible, aunque mis estudios nunca fueron un problema; al fin y al cabo, recordaba cada clase y cada palabra del libro con hasta el más mínimo detalle. Muchas veces se me acusó de copiar, hasta que le expliqué mi caso al director y, tras verificarlo con un par de demostraciones —nada especial,

recitar unas páginas salteadas de un par de libros de texto letra por letra—, decidí aprobarme directamente con matrícula de honor sin requerirme ir a clase, aunque sí a hacer los exámenes por mera formalidad, tanto por mis facultades como por mi situación familiar.

Es por eso que aprendí a cocinar, a hacer la casa y todos los menesteres propios de una ama de casa, que no son poca cosa precisamente, “trabajo de mujeres”, que decía mi padre. En mis ratos libres ya comencé a estudiar Medicina, por anticiparme a la carrera. También leía libros de Biología o Química, cosas que eran complementarias a la Medicina. Ni que decir tiene que lo primero que aprendí fue el juramento hipocrático, no porque fuera lo más útil, sino porque me pareció mejor empezar por lo más moralmente correcto.

Durante los posteriores años, mientras cursaba la carrera, no hay mucho que decir. Tuve un par de novias, mi padre fue superando poco a poco la depresión por mi madre —nunca lo vi con otra mujer—, aprendí alguna técnica de lectura rápida, por mejorar el tiempo de estudio, bebí, me divertí y forniqué todo lo que pude o me dejaron. Dado mi potencial por el estudio, hice los siete años de carrera en cuatro, especializándome en Cirugía, Neurocirugía y Microbiología. A los ocho meses de graduarme summa cum laude, con las máximas alabanzas, comenzó la guerra y mi padre y yo entramos en el refugio.

Muchas veces, cuando pienso en mi vida, creo que mido la importancia de los acontecimientos por el aprendizaje, o la motivación para aprender, que me han provocado. Dicho así, la etapa del refugio fue muy importante en mi vida, más que muchos años fuera de él, porque propició que aprendiera algunas de las cosas más útiles que pueda imaginar, cosas tan tontas a veces como hacer fuego, pescar con un arpón o aprender a dormir al raso, cosas que nunca me hubieran hecho falta de no ser por la guerra, y cosas que me hubiera sido imposible aprender sin mi padre.

Tuve la suerte de que un par de profesores de la universidad de Medicina estaban también dentro del mismo refugio, lo que me procuró muchas horas de entretenimiento y estudio. Cualquiera que leyera esto podría pensar que en mi vida solo he sabido, o me he preocupado, por estudiar, y que es lo que más valoro, pero todo ese estudio ha sido lo que me ha permitido sobrevivir a todo lo que vino después. Al fin y al cabo, el conocimiento es el verdadero legado de la humanidad; son los libros, las enseñanzas de tiempos pasados, lo que nos permite avanzar hacia un mejor futuro.

Volviendo a la época del refugio, mi padre terminó de deprimirse enormemente al no tener un sitio donde cazar o ir de pesca, pasear o dormir en un campo, a la luz del sol. Los primeros años de estancia en el refugio fueron algo extraños, no por el refugio en sí, sino porque la vida allí dentro era repetitiva y carecía de sentido. Todos los días eran iguales. La gente normal, los que no trabajábamos para el refugio, nos dedicábamos a realizar actividades de ocio; nuestro único cometido era estar vivos y cuerdos, más o menos entretenidos, comer, dormir, fornicar cuando se podía y poco más. Yo estudiaba y hacía mis primeros intentos en Medicina en la clínica de uno de los profesores; el otro estaba en un laboratorio militar del refugio, investigando sobre algo que, aún hoy, desconozco. A finales del segundo año del refugio, no sé por qué, me dio por hacer cálculos de la gente que estaba dentro, comida y agua, suministros básicos, desgaste de oxígeno, materiales, todo tipo de datos que antes no me había ni planteado ni me preocuparon hasta ese momento. Me di cuenta de que pronto el refugio quedaría seco, no habría comida ni bebida suficiente para todos los que estábamos dentro, las depuradoras de agua y aire requerían un mantenimiento exhaustivo y en muchos casos insuficiente, la falta de materiales de repuesto era evidente incluso en ese momento. Básicamente, los recursos del refugio se

agotaban antes de lo previsto, y empecé a preocuparme, con razón, como se vio más adelante, por la supervivencia de los que allí estábamos.

Poco después, una noche que no tenía nada de especial, soñé algo que siempre me ha desconcertado, incluso desde el punto de vista médico. No son los hechos del sueño los que me desconciertan por sí mismos, sino que se hicieran realidad con una asombrosa exactitud. En mi sueño, estaba en una especie de cloaca, un corredor de una fábrica o algo así. Había mucha humedad en el ambiente y un olor característico, como una combinación de azufre y nitrato potásico. Cabe destacar que nunca había olido esos elementos, ni juntos ni por separado. Recuerdo estar huyendo de unas criaturas que ahora identifico como ghoules, muy cansado y sucio, llegando a un punto, al lado de una puerta metálica, en el que ellos estaban a un lado y yo al otro. Afortunadamente para mí, la puerta estaba cerrada, aunque podía sentir su horrible y húmeda respiración a través de los orificios. Parece que, al darse cuenta de que la puerta estaba cerrada, salieron corriendo hacia algún camino alternativo para cogerme. En ese instante advertí la presencia de algo detrás de mí, algo de lo que los mismos ghoules habrían huido, que ahora creo que así era, algo de unas dimensiones claramente sobrehumanas y una voluntad animal, o al menos bastante salvaje, que, a pesar de tener un aspecto terriblemente amenazador, no me provocaba miedo alguno; más bien me reconfortaba su presencia. Al acercarse, vi una enorme mano acercarse hacia mi cara, eclipsando en su camino toda la luz de la habitación, y en el momento en que aquella monstruosa extremidad me aferraba, me desperté. La interpretación puede ser, y de hecho es, muy variada: se puede decir que la amenaza de muerte de los ghoules se asemeja a mi creciente preocupación por el refugio; la enorme mano y humanoide podrían ser el propio tamaño del problema, algo que claramente escapaba de mi control, algo imperturbable e inamovible.

El hecho de que no me preocupara podría ser la aceptación de una muerte inevitable, o de un problema irresoluble, el aclaramiento mental que dicen que se produce cuando una persona tiene la certeza de que va a morir. A pesar de haber tenido sueños y pesadillas toda mi vida, como todas las personas las tienen, aún hoy no sabría decir si ese en concreto era un sueño o una pesadilla.

Mi preocupación fue en aumento en esa época, tanto por el estado de mi padre como por el estado del refugio y los refugiados. La verdad que a mí se me hizo evidente empezó a florecer en las cabezas de los residentes meses después, y por eso terminamos de “exploradores voluntarios” para el refugio. De forma accidental, y

con mi instinto previsor habitual, convencí a mi padre de que me ayudara a aprender, por una vez, algo en lo que él era un portento: el funcionamiento del mundo natural. No científicamente, sino de forma práctica, pude aprovechar todos sus conocimientos de la naturaleza, la caza, la pesca, la supervivencia en el campo, comer cosas que se deben o no, dormir seguro, encontrar agua y comida, incluso hacer algunas trampas simples, todo lo necesario para poder sobrevivir en un bosque sin nada más que una navaja multiusos y las manos, incluso las de alguien tan poco agraciado físicamente como yo. Este interés hizo que mi padre y yo nos uniéramos y conociéramos como nunca antes. El hecho de recordar y revivir las experiencias fuera del refugio lo rehabilitaron de tal modo que ningún médico del mundo lo creería. Parecía un hombre nuevo, otra persona salida del cascarón de mal vino y mal sueño en el que habitaba desde la muerte de mi madre. Me gustaría decir que yo le salvé la vida en ese momento como sus enseñanzas me la salvaron a mí en infinidad de ocasiones, aunque, para ser justos, él me salvó más de lo que yo pude salvarlo.

En los últimos seis meses sucedieron unos hechos muy importantes, algunos de los cuales procedo a explicar.

Volví a tener otro sueño, esta vez con mi madre, una de las experiencias más emotivas de mi vida. Nos veíamos en un ambiente totalmente blanco y luminoso, todo muy condicionado por la imagen de pureza y blancura subconscientes del cerebro. Hablaba con ella durante largo rato, hablábamos sobre papá, sobre el refugio, como si realmente me hablara desde el más allá. Me preguntaba si comía bien, si me apañaba bien con las chicas. Era más parecido a una conversación sincera con mi madre como si acabase de venir de viaje, o si viviera fuera de casa y el mundo fuera tan bueno como era, y todo estuviera bien y se preocupara como toda madre se preocupa por su hijo cuando está fuera. Fue como vivir una tarde con mi madre. Cuando desperté estaba llorando y, a pesar de no ser tristeza lo que sentía, no pude parar de llorar en todo el día. Desde el punto de vista psicológico, se podría decir que mi cerebro, ante el gran cambio que esperaba, ser “expulsado” del refugio, ya que formaba parte del grupo poblacional más apropiado —joven, sano, inteligente—, intentó de alguna forma deshacer otro gran cambio anterior, como la muerte de mi madre, proporcionándome una experiencia de ese calibre. Pero lo detallado de la situación, el tipo de conversación, parecía que realmente era mi madre hablándome, con su ternura habitual, su calor y su olor tan característicos, su personalidad tan bien definida y todos los pequeños detalles que conforman a una persona y no a una ilusión.

El siguiente sueño me dio una aspiración, un objetivo en la vida, algo que seguir y a lo que aferrarme hasta el mismo borde de la muerte y de la cordura.

Me veo en un balcón, es de noche y hace algo de frío. Respiro profundamente antes de entrar por una puerta que da a un pasillo largo. Me siento emocionado y confiado, como el que recibe un regalo que sabe qué tiene, pero aun así se emociona. Recorro el largo pasillo, como de fábrica o de hospital, bien iluminado y bastante limpio.

A lo largo del pasillo hay puertas con enormes cristalerías, como de habitaciones o cámaras de observación. Las puertas son sólidas y los cristales parecen blindados, dado su grosor. Miro alguna sala mientras camino. Hay especímenes de pruebas de todo tipo: una persona con miembros ghoulicados, un turbio algo más pequeño de lo normal leyendo un libro sentado en la cama, algo que parece ser un bebé, pero un bebé ghoulicado, que llora en una cuna y al que dan una inyección de algo que no conozco. Las salas están bastante bien acondicionadas; todas tienen cama, una mesa y una silla, un armario para ropa y una luz de emergencia. Me resulta curioso que estas últimas sean de color rojo, no del amarillo habitual. En la última sala me detengo a mirar a través del cristal. Algo salta de una tenue luz roja hacia la cristalería y golpea con una enorme fuerza. Noto cómo se estremece el cristal, aunque soporta a la perfección el impacto de la criatura, un ghoul bastante grande y claramente muy agresivo. Lo miro, pero no siento miedo; siento esperanza, alegría y emoción por algo en concreto. Ese ghoul me parece muy importante, algo irremplazable. Lo siguiente sucede muy rápido. En una camilla metálica está ese mismo ghoul, atado con cadenas y cinchas. No se puede mover, aunque lo intenta. Todos los presentes visten de blanco, como médicos o científicos; tocan máquinas y miran pantallas. Alguien me acerca una llave de forma extraña y me dice algo que no puedo oír; pero la cojo confiado y me acerco a una de las consolas, la introduzco y giro. Me tiembla el pulso. Al accionar la máquina, comienzan a salir de detrás de la camilla numerosos brazos articulados de acero con jeringas hipodérmicas que inyectan un fluido al ghoul, que no parece enterarse y sigue intentando escapar. Entonces veo algo, un cambio en el sujeto: empezó a calmarse y a dejar de moverse, a mirar a todos lados. Parecía estar inspeccionando el sitio en que estaba, como intentando reconocer el lugar, como si algo dentro de él hubiera recuperado una porción de

razón perdida hace mucho. Algo en sus ojos cambió, se iluminaron como si algo muerto volviera a la vida. Entonces se puso recto en la camilla, miró a su alrededor, nos vio a los que allí estábamos y nos dijo con voz entrecortada y gutural: “Lo siento”.

A día de hoy, querido lector, me sigue impactando la precisión de los sueños contados anteriormente. Son los que algunos llamarían “sueños premonitorios”, donde los hechos se asemejan tan perfectamente a la realidad que uno llega a perder la percepción de lo que en su día fue real y lo que no. Este último sueño que ahora voy a relatar no ha sucedido aún, y francamente tengo miedo de que pueda suceder, porque en el sueño no llego a una solución, y el hecho de no tener la solución ni ahora ni en ese momento me ha tenido la cabeza muy ocupada desde hace ya muchos años. En este sueño que no puedo dejar de recordar, y que constantemente vuelve a mi cabeza como un odioso búmerán, que me atormenta algunas noches y me distrae algunos días, sucede lo que ahora procedo a explicar.

Me encuentro en mi estudio, desde donde ahora escribo este libro. Me veo algo más viejo, aunque no mucho, como máximo cinco o diez años en el futuro, sentado frente a mi escritorio, lleno de folios y libretas esparcidas de forma más o menos ordenada. Me encuentro física y mentalmente agotado: ojeras, pelo corto y graso, una botella de agua casi terminada y una papelera llena de ideas desechadas. Hay un problema, algo muy importante que no soy capaz de resolver. Solo narrando lo que pienso en ese momento podrían hacerse una idea de lo que en realidad siento: “Debo terminarlo, me estoy quedando sin tiempo, maldita sea, después de todo, lo que va a detenerme es el tiempo, pero tengo que terminarlo. Dios mío, ¿qué hago? Tengo que terminarlo, tengo que inyectarme el Potenciador, pero podría morir en cuanto me lo inyecte. No puedo arriesgarme; no, lo que no puedo hacer es no terminarlo. Tengo que terminar el trabajo, el trabajo

de mi vida. Si me inyecto y muero no podré terminarlo, pero si no lo hago podría morir sin resolverlo. Tengo que resolver este problema, tengo que conseguirlo”. Me acerco el inyector al cuello.

Algunas noches me despierto con este dilema, empapado en sudor. Me tiemblan las manos y siento una gran angustia por un problema que todavía no conozco, pero ya me está consumiendo.

Como ya dije, un día nos mandaron salir del refugio a unos pocos y a mí. Debo añadir que antes de salir del refugio hice algunos trueques especialmente notables: empeñé la escopeta de caza de mi padre a cambio de unos implantes en los ojos, algo que sin duda me ha ayudado a resolver gran cantidad de problemas. También me llevé una navaja suiza de mi padre, un regalo que me hizo al cumplir los doce años y que nunca, hasta el día de mi marcha, había sacado de su envoltorio, un mechero Zippo y un viejo petate del Ejército. Conseguí, gracias a mi antiguo profesor, unos pocos suministros médicos para casos de emergencia, una especie de botiquín. Algo de ropa de mi padre y un rosario de mi madre completaban el equipaje. Un día como otro cualquiera, salimos del refugio al mundo exterior.

Inteligencia 70

Personalidad 35

Iniciativa 35

Fuerza 35

Tamaño 35

Constitución 35

Agilidad 35

Destreza 35

Apariencia 35

Pros:

Inmunidad a la radiación amarilla

Inmunidad a la turbificación

Concentración

Vista microscópica

Memoria fotográfica

Menos sueño

Cálculo relámpago

Suertudo

Contras:

No hay Contras

LA HISTORIA DE OSCAR EL INFORMÁTICO



El jugador de Óscar no escribió historia para su personaje



Mi nombre es Erik y tengo 29 años, os voy a contar la historia de mi vida y como llegué hasta aquí. Nací hace 29 años ya ni me acuerdo en que año ni fecha concreta ya que ahora solo veo pasar los años encerrado en un búnker, con más gente como yo y ¿cómo llegamos hasta aquí?, pues eso te lo contare más adelante.

A lo que te iba, nací hace 29 años en una familia de clase trabajadora, mi padre trabajaba en una fábrica y mi madre era ama de casa. Cuando yo llegué llevaban 11 años. Durante mi niñez fui un chico muy feliz a excepción cuando me tenía que separar de mi madre ya que no paraba de llorar, me acuerdo del día en que fui por primera vez a clase mi madre me tuvo que acompañar hasta dentro y yo no paraba de llorar. Pronto hice amigos en clase los cuales estaríamos juntos durante muchos años, casi unos 9 o 10 años juntos. Tras ver que su forma de divertirse no era como a mí me gustaba me separé un poco de ellos, sobre todo al conocer en la ESO a otra gente que eran más afines a mí. Cuando tenía unos 11 o 12 años me apunté a balonmano allí descubrí mi habilidad

para esquivar a los contrarios y la rapidez que tenía.

Tras terminar la ESO mis nuevos amigos y yo fuimos a sacarnos el título de bachillerato, el cual sacamos sin mayores problemas, tras esto cada uno tomó un camino la mayoría fueron a la universidad mientras que yo fui a hacer automoción, pero eso sí nunca perdimos el contacto y siempre salimos de fiesta juntos. Durante esta época aconteció una de las crisis económicas más duras, quizá fuera una premonición de lo que acabaría sucediendo no lo sé, tras sacarme el título de automoción el cual debí de perder hace tiempo me puse a trabajar que bueno era trabajar en lo que te gustaba hasta que un día mientras manipulaba los gases del aire acondicionado, este salió a presión directo a mi rostro lo cual me produjo quemaduras debido a la congelación que sufrí y la pérdida de un ojo, además de sufrir algunas veces dolores por culpa de esto.

Cuando se produjo la guerra entre los países por las energías que quedaban supe que esto no acabaría en buen puerto y que esto nos traería problemas así que lo que hice fue prepararme para un acontecimiento como este y encontré un

anuncio en el que se ofertaba una casa con todo tipo de equipamiento los primeros en llegar fuimos los que entramos , pero había un problema que ahora no hay alimentos tras pasar más de dos años aquí encerrados, por lo que se están sorteando plazas para ver quien se larga de aquí ESPERO NO SER YO.

LA HISTORIA DE MARCOS EL EX LUCHADOR



Marcos no escribió historia pero se define a sí mismo como un ex luchador de kick-boxing.

Personalidad 30

Inteligencia 20

Iniciativa 20

Destreza 60

Agilidad 75

Tamaño 100

Fuerza 75

Constitución 75

Apariencia 20

Pros:

Ataque extra (rifle)

Esqueleto de Grafeno

Movimiento mejorado: carrera

Regeneración nivel 3

Contras:

Incapacidad numérica

Veraz

Berserk



El jugador de Felipe no hizo historia para su personaje.

Personalidad 45

Inteligencia 50

Iniciativa 40

Destreza 40

Agilidad 35

Tamaño 45

Fuerza 40

Constitución 40

Apariencia 45

Pros

Bendito

Cálculo relámpago

Cara de bueno

Concentración

Inmunidad a la radiación amarilla

Inmunidad a la turbificación

Muerte aparente

Reloj interno

Sentido común

Contras:

No hay contras

